



AÑO IV

← BARCELONA 6 DE ABRIL DE 1885 →

NÚM. 171

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIPO DE ANDALUCÍA, estudio por J. M. Marqués

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—JOSÉ MARÍA MARQUÉS.—SOLITA (continuación), por don Enrique Pérez Escrich.—UN CASO DE VIVISECCION, por Plácido.

GRABADOS: TIFO DE ANDALUCÍA.—UN CANAL EN VENECIA.—RECUERDO DE ZURICH.—GRAN CANAL DE VENECIA.—JÓVEN ROMANA.—NÁPOLES, vista de Posilipo.—ESTUDIO DE UN TIPO GRANADINO.—PUERTO DE NÁPOLES: dibujos por J. M. Marqués.—J. M. MARQUÉS.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: ISCHIA Y ANDALUCÍA (El Genio de la destrucción), alegoría por A. Fabrés.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Sayones y palmas.—Tinieblas y luces.—Viernes Santo y Domingo de Pascua.—Cómo se representa la Pasión de Jesucristo.—En el templo.—En el teatro.—Cuadro valenciano.—Profanación en Madrid.—Una página elocuente.—El cordero pascual.—Ayer y hoy.

De igual modo que se mezclan en esta semana los huracanes del invierno y las brisas de la primavera, y al lado de la rama del olivo, cuyas vetas se llenan de savia, muere la rama que se congela al soplo del cierzo helado, de igual modo las prácticas religiosas y las tradiciones de la Iglesia confunden en esta semana los sollozos del martirio y las alegrías del triunfo del espíritu, la cruz, y la gloria, el Calvario luctuoso y el cielo esplendente de luz.

Un día no más separa el holocausto de la glorificación. Imagen y símbolo de que en esta vida andan las alegrías tan mezcladas con los dolores como las hebras de seda de finísimo tejido.

Los que en el mundo representan el papel de tiranos y los que representan el papel de víctimas deben tener en cuenta esta enseñanza: los primeros para ceder en sus atentados, los otros para confiar en que no durarán mucho.

Con breves horas de intervalo ¡cuán distinto aspecto presenta el templo!

Primero sobre la muchedumbre que exhala vítores de alegría destacan centenares de palmas, rubias y flexibles, que ondulan y se estremecen describiendo curvas y arcos. Cada una de sus hojas se eriza cuando vibra la palma como las plumas de oro de una cacatúa irritada. Pero al recobrar su aplomo la línea recta, todas las hojas de la palma se unen formando el báculo de la inocencia.

Dejad pasar unas cuantas horas. Vereis cómo las luces se apagan, cómo se ocultan las palmas a la manera que la sonrisa en casa entristecida por el duelo. De las sombras naves de la iglesia surge como condensación de las tinieblas el sayon, enfundado en lúgubres estameñas, tapado el rostro con cuaresmal antifaz que encubre las facciones humanas.

No es un hombre determinado, cuyo apellido pueda escribirse. Es la humanidad toda que va a purificarse en una piscina de lágrimas.

* * *

La conmemoración del hermoso y patético drama del Calvario da lugar a las funciones religiosas más conmovedoras de todo el año.

Tres sacerdotes entonan la pasión y muerte de Jesucristo. La voz rotunda y varonil expresa los conceptos que salieron de los labios del Salvador del mundo. La voz aguda y de falsete representa los dictérios de la muchedumbre, la traición del discípulo pérfido, las dudas de Pedro. La voz intermedia es la del juez.

¿Qué hay de maravilloso en este conjunto para que resulte admirable y sublime lo mismo cuando se ejecuta en la capilla Sixtina de Roma que en la semi derruida ermita de una aldea?

* * *

En cambio, todos los autos y representaciones teatrales que tratan de llevar al escenario el drama bíblico parecen sainetes indignos, parodias indecorosas, profanaciones de la religión y del arte.

Por admirable modo satiriza esta clase de representaciones el novelista Pérez Galdós en su novela *El Amigo Manso*.

Realmente debían aliarse no sólo los escritores católicos sino cuantos estimen en algo los fueros del espíritu y los del arte para pedir la supresión de tales fiestas teatrales que son ludibrio del sentido común y escándalo de la fe.

* * *

También se representa en algunos pueblos de Valencia la fiesta dramática religiosa del Calvario y todo el vecindario asiste a la representación. Recuerdos personales me permiten esbozar este cuadro.

Una tarde, era día de Viernes Santo, la más ostentosa fiesta de aquel rico pueblo, la iglesia estaba todo lo más brillante que era posible. Millares de luces ardían delante del tabernáculo, cubierto de negro crespon. La ceremonia consistía en uno de esos misterios simbólicos en que tomaban parte los jóvenes más hermosos del pueblo; era representar al vivo el juicio de Jesús, no ateniéndose a la verdadera versión bíblica, sino usando de términos y rodeos consagrados por la tradición, inventados no se sabe por quién, y que de memoria se conservaban de pa-

dres a hijos, y en unos viejos manuscritos en el archivo de la iglesia.

Notables por más de un concepto para la poesía eran estos documentos literarios.

En ellos se suponía la pasión y muerte ocurrida en un lugar de Valencia. Los personajes eran valencianos.

Jesús y la Virgen, al tomar a la Naturaleza sus comparaciones, sus hipérbolos, sus sentencias y sus adagios, parecían haberse inspirado en la fauna y la flora del rico reino del Cid, haciéndose alusiones a las costumbres de aquella comarca. Mil graciosos anacronismos poblaban el relato, y mientras uno de los apóstoles ponía a Júpiter por testigo de sus palabras delante de Dios verdadero, otro hablaba de los reyes católicos, señal evidéntísima de que quien compuso aquel misterio, más fuerte estaba en el sentir del drama bíblico que en el conocimiento exacto de sus detalles históricos.

Jesús estaba representado por gallardo mozo que desde un año antes habíase dejado crecer la barba, peinándosela y acomodándosela al uso judaico; su rostro, pálido y moreno, adornado de dos ojos pensadores y grandes, de esos que tanto abundan hacia Levante, parecían expresar a maravilla el gran carácter de Jesucristo, y siquiera no se viese a través de sus ademanes, algo rústicos y torpes, ni un resplandor de la divinidad que representaba, había, sí, cierta conformidad entre la idea que el vulgo tiene del Hijo de María y respecto del mancebo.

En cambio, la que representaba el bello papel de Virgen María era una muchacha demasiado hermosa; tenía todos los encantos de la belleza sensual; era un despliegue del lujo de que es capaz en España esa corrección de las líneas que se llama poesía de la carne. No se veía en ella esa sencilla y modesta apariencia de la mujer bella que ignora sus gracias y aún las mira con algo de desprecio, sino, por el contrario, un afán de ser el centro de todas las miradas y de todas las admiraciones. Vestía como una huertana del país, con sus ricos pendientes de plata filigranada en las orejas, que, siendo, como eran, sonrosadas y menudas, parecían no poder resistir el peso de las graves arracadas. Los demás personajes expresaban lo mejor que podían sus diferentes caracteres. San Pedro era realmente un viejo pescador en cuyos brazos, desnudos y cubiertos de cierta piel escamosa, parecía advertirse la sal del agua del mar evaporada.

* * *

Mucho ha perdido la fe y es innegable, con tristeza lo consignamos, que la generación anterior a la nuestra prestaba a estas fiestas una atención mucho mayor que la generación nuestra.

Los ideales van muriendo, y el materialismo avanzando: no el materialismo de la ciencia que nos hace dueños de la tierra, sino el materialismo de la ignorancia que nos ciega y nos deja sin palabras en la voz y sin pensamiento en las palabras.

Acerca de cómo conmemoraban nuestros padres las fiestas de Semana Santa, Alarcon, en uno de sus mejores libros, describe con elocuencia deliciosa, un tipo, que ya no existe.

«En Mairena, lugar de 987 almas, y nuestra *Quinta Estacion* (describe Alarcon una Semana Santa en Sierra Nevada) nos aguardaban algunos amigos procedentes de Laroles, que se habían adelantado hasta allí con galante solicitud, a fin de acompañarnos luego a su pueblo, — donde debíamos pernoctar. — Por señas que, entre estos amigos, había uno de que tengo que hacer especial mención; pues trajo a mi memoria otra fisonomía de la Semana Santa; su fisonomía urbana y moderna por decirlo así...

«Era el tal un antiguo camarada mío de lecturas, polémicas y paseos melancólicos que había residido en Guadix largos años, y que luego se había vuelto a la Alpujarra, donde nació, a esperar la vejez entre los suyos; el cual, al presentarse en aquel extremo de la Sierra, parecía encargado de advertirme cuán cerca me encontraba ya de mi horizonte nativo... de aquella amada tierra en que juré hacer el viaje que ya estaba terminando... de aquella vieja Acci en que habíamos pasado juntos tantísimos Jueves y Viernes Santos, cuando él era todavía joven y yo adolescente...

«Y, en efecto: no bien le había abrazado en las fragosidades alpujarreñas, donde tan selvática figura nos daban nuestros equipos montaraces, acudieron a mi imaginación los tiempos en que conmemorábamos anualmente, con una regularidad casi litúrgica, la Pasión y Muerte del Redentor; ambos vestidos de ceremonia como todo el señorío de Guadix; de frac y en cuerpo desde por la mañana hasta la noche; sin quitarnos los guantes blancos los jueves, ni los negros el viernes, sino para hacer aquella única comida diaria en que eran de rigor las natillas, el huevo-mol, el arroz con leche y otras dulces compensaciones del ayuno y de la vigilia; recorriendo a todas horas las once iglesias abiertas allí al culto ó sea andando las Estaciones incandescentes..., la primera vez por amor a Dios, y las restantes por amor a las jóvenes... de aquel tiempo; formando parte de todas las procesiones, como hermanos que éramos de las principales Cofradías, y muy satisfechos y orgullosos, si por ventura resultábamos elegidos en ellas Mayordomos para el año siguiente... — ¡Oh! ¡Aquello sí que era estar en Semana Santa! ¡Aquello sí que era vivir! ¡Aquello sí que era ser hombres!...»

* * *

El cordero pascual, según rezan las antiguas tradiciones, ha de ser devorado en familia, cerca del hogar patronímico y después de oír misa mayor.

Hoy se devora en la fonda, tal vez en una mesa redonda entre gentes desconocidas.

Ayer la Pascua era una fiesta de la familia. Hoy es un hartazgo, una fiesta de la gula.

J. ORTEGA MUNILLA

JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Recuerdos de su viaje artístico

Posta nascitur... Nada más cierto; el estudio proporciona erudición, no genio. Hay que nacer poeta, como hay que nacer artista; el arte es ni más ni menos que otra de las formas de la poesía, la poesía pintada; bien así como los versos de Zorrilla ó de Lamartine son la poesía escrita, Mozart componía música a los cuatro años; a la misma edad Murillo esbozaba cuadros en las paredes de los conventos... Lo cual no quiere decir en modo alguno que el genio a *natura* pueda ni deba prescindir del estudio, como el que posee un diamante en bruto no puede prescindir del lapidario que lo pule, ni del joyero que lo engasta; antes bien estos dos auxiliares de la naturaleza son indispensables, si la preciosa piedra no ha de parecer un pedazo de carbon primero y más tarde una partícula de cristal más ó menos limpia de escoria.

Esta regla constante la ha confirmado una vez más nuestro estimable colaborador, el joven y ya laureado pintor D. José María Marqués, cuyo retrato publicamos en este número, juntamente con diversos trabajos a su talento debidos y que son producto de su último viaje al país de la luz y del arte, a Italia, allí donde, entre aromas de flores, se aspiran efluvios de amor y de poesía.

Marqués tuvo la suerte de ver la luz en el taller de un pintor, en el taller de su padre: la cuna y la vocación al par hicieron de él un artista: apenas hablaba claro cuando ya dibujaba correctamente. La manifestación espontánea de su genio hizo del niño Marqués el mejor discípulo a la edad en que otros toman por verdaderos modelos de pájaros y de embarcaciones los prehistóricos trabajos de papel con que se entretiene y pervierte la curiosidad infantil. Marqués quizás no llegue aún a ser mayor de edad y, sin embargo, tiene en su hoja veinte años de servicio, sin abono alguno de campaña, que pudiera tenerlos y muy merecidos.

Porque el artista hace también sus campañas; únicamente que siendo su misión el cumplimiento de un voto que inspira la fe y no el odio, que trae frutos de bendición y no irreparables desdichas, que facilita el amor de los pueblos entre sí, en vez de vomitar terribles enemistades de nación a nación ó de raza a raza; lo que en el soldado se llama campaña, en el pintor debiera llamarse peregrinación.

A la vuelta de esas excursiones que el artista moderno hace a Italia, en busca de grandes modelos y grandes profesores, como allá en la antigüedad los buscó el artista italiano en los templos y monumentos de Grecia; es curioso hojear el *álbum* del peregrino, que ha pintado sus impresiones del suelo italiano, como Víctor Hugo escribió las que le causaron las ciudades y castillos del *Rhin*, como Chateaubriand consignó las que le produjeron sus visitas al lugar que fué cuna del Redentor y al templo que guarda su sepulcro. Nosotros hemos hojeado en el *álbum* de Marqués y de él hemos entresacado los dibujos del presente número: ellos avaloran el talento y fina percepción de su autor, al par que una facilidad característica para reproducir los objetos de su predilección, no como la fotografía reproduce, sino dándole el calor, la vida, la luz propias de los países recorridos por el artista.

Véanse, sino, esas dos marinas firmadas en las playas napolitanas, y échase de ver en ellas la tranquilidad, el sol, el ambiente caliginoso de esa bahía en cuyo fondo el Vesubio parece vomitar las nubes que se confunden con el humo que exhalan sus entrañas. Únicamente sobre esas aguas cabe que los pescadores entonen sus características barcarolas; únicamente bajo ese cielo puede haber vegetado un pueblo que ha vivido siglos enteros sin más libertad que la de bailar la tarantela a todas horas del día y de la noche; únicamente respirando esa atmósfera enervante y ocasionada al sensualismo de la pereza, se concibe que el cataclismo de Pompeya hubiera sorprendido a muchos de sus habitantes con los labios pegados a la copa ó a otros labios hambrientos de impúdicos besos. Marqués ha comprendido lo que constituye la parte característica de Nápoles, el agua y el cielo.

De Nápoles vamos a parar con nuestro artista a Venecia, la ciudad de los canales y de los puentes, de los palacios y de los templos, en que la arquitectura árabe y la arquitectura ojival se confunden para dar lugar a una tercera combinación arquitectónica que armoniza la gravedad cristiana con la elegancia musulímica. Venecia es quizás la población más querida de los artistas: solamente Granada y quizás Toledo pueden sostener con ella la competencia. Mas para apreciar debidamente a la ciudad de San Marcos hay que verla, hay que *sentirla*, como hemos dicho varias veces, con ojos y corazón de poeta. Para aquel a quien nada dicen las piedras ennegrecidas por el tiempo, los vetustos alcázares, los jardines incultos, los frescos de los salones desiertos y los lienzos de las solitarias iglesias; Venecia es una ciudad muerta, una especie de Pompeya en la cual el yugo del extranjero se en-

VIAJE POR ITALIA

cargó de desempeñar lentamente el papel del Vesubio. Por esto hay muchos y muchos *touristes* que llegan á la patria de los Dux en el tren de la mañana y parten de ella en el tren de la tarde: esta clase de viajeros no debieran cambiar sus billetes de banco sino en los *comptoirs* de París.

Marqués, que ve las poblaciones como las ven los artistas, nos da de Venecia una idea *verdad* en sus dibujos: como él la comprende la comprendíamos antes de conocerla; como él suspira por volverla á ver, suspiramos nosotros por asistir á esas puestas del sol, bañando con sus últimos rayos los caballos de bronce y las cúpulas de la Dogana y de San Giorgio.

Por un capricho de artista, se traslada Marqués de la tierra del sol á la tierra de las nieves, de Italia á Suiza; y esto nos facilita tomar de su *álbum* una vista de Zurich, en cuyo tranquilo lago se reflejan las típicas construcciones de la Atenas helvética. Hay en ese dibujo un sabor de tranquilidad, una dulce melancolía, algo de ese atractivo especial que Suiza tiene para cuantos admiran á Dios en los espectáculos de la naturaleza y á los hombres en la pureza de sus costumbres. ¡Cuán hermosa es Suiza para esas almas privilegiadas, almas jóvenes é inmaculadas, para las cuales, como para la de Marqués, el bullicio del mundo es una interposición grosera entre la voz del genio y el oído del artista!

Marqués no se limita, empero, á ser un hábil paisajista: su *álbum* contiene apuntes ó tipos tomados del natural con la seguridad y franqueza propias de un verdadero maestro. Véanse, en prueba de ello, los que publicamos en este número. Italia y Andalucía le han proporcionado los originales: la firmeza de su factura dice harto claramente lo que puede esperarse de Marqués retratista, género en que acaba de dar evidentes prendas de su talento.

El mundo es bien agradable cuando el artista entra en él, como Marqués, por la puerta de los artistas aplaudidos: en Roma los buenos maestros le han estimulado; en Milan un ilustre artista, el eminente tenor Angel Masini, le ha dispensado una de esas brillantes hospitalidades con que los antiguos príncipes (Masini es también un príncipe del arte) acogian á los hijos predilectos de las musas.

Con juventud, talento y aplauso público, ¿qué puede temer nuestro querido colaborador?... Una cosa, una sola, dejarse seducir por el éxito. Marqués vale mucho; pero puede y debe valer más, mucho más: el templo de la Gloria está situado en sitio accesible á muy pocos mortales. Únicamente la observación continua, el estudio incansable de los buenos maestros y por qué no decirlo?... la desconfianza de las propias fuerzas, pueden evitar los vértigos terribles que frecuentemente causa el mismo aplauso público. Hay que exigir mucho á quien mucho puede dar de sí: nosotros seremos de hoy más doblemen-



Un canal en Venecia.

te rigoristas con Marqués para demostrarle hasta qué punto le profesamos verdadero cariño.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ISCHIA Y ANDALUCIA

EL GENIO DE LA DESTRUCCION
Alegoría por A. Fabrés

Este dibujo está inspirado indudablemente por terribles sucesos análogos á los de Ischia ó Andalucía. La desgarrada tierra arroja de su seno el genio de la destrucción: una vez el genio libre, se suceden sin interrupción cataclismos.

No es fácil dar forma á lo que no la tiene real y efectiva; sin embargo, considerando la obra de Fabrés casi se siente uno inclinado á decir que tiene todas las condicio-

que una buena y decorosa amistad.

Mientras tanto llegó el día en que los periódicos y los carteles del Teatro Real anunciaron las dos últimas funciones del tenor Pórteci.

Aurelio había observado que algunas mañanas, á eso de las nueve, Nieves, con su libro de oraciones en la mano, salía de casa.

Aurelio se propuso saber adónde iba su esposa, y una mañana la siguió embozándose bien en su capa.

Nieves estaba tan confiada del bondadoso carácter de Aurelio, que ni una sola vez volvió la cabeza para saber si alguien la seguía.

Caminaba con paso ligero y con el velo de la mantilla echado sobre el rostro.

Diríase que tenía impaciencia por llegar, y así era efectivamente, pues el tenor Pórteci, á cuya casa se dirigía, salía aquella misma noche de Madrid para San Petersburgo.

nes de la *verdad*. Y es que la fantasía ha producido algo que nos hace comprender la idea del trastorno, del cataclismo, algo del caos, único que puede crear en sus entrañas á los genios de la destrucción.

SOLITA

POR DON E. PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—¿Será verdad esto? — se dijo, leyendo por segunda vez la carta.— No hay anónimo que no sea infame; un amigo leal, un amigo verdadero debe presentarse frente á frente y decirnos con ese lenguaje de la franqueza honrada: «Yo he observado esto, y el deber me obliga á decírtelo.» Pero ¡ah! no todos los amigos tienen bastante valor para clavarle á uno un puñal en el corazón.

Aurelio leyó por tercera vez la carta; como no sabía fingir, estuvo triste y preocupado durante el almuerzo.

Nieves le dirigió dos ó tres veces la palabra preguntándole la causa de su tristeza, porque nada preocupa tanto á una mujer culpable, á una esposa que falta á sus deberes, como notar en su marido un cambio de carácter.

Aurelio, queriendo desorientar la curiosidad de Nieves y con el objeto de que no sospechara nada, le dijo, dominándose:

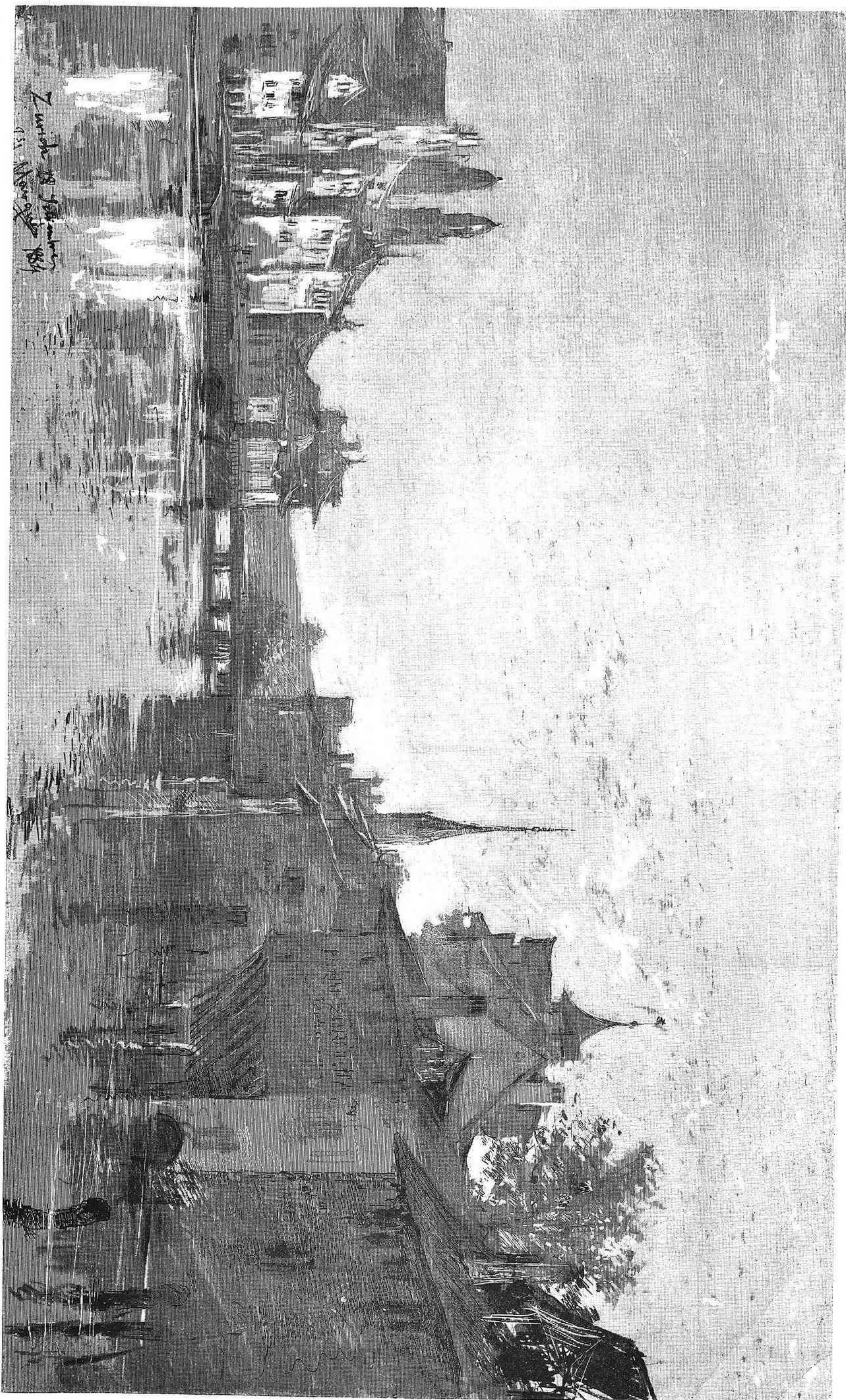
— Querida Nieves, este malestar que en mí notas tiene por causa una pequeña pérdida que ha sufrido nuestra fortuna, porque bien sabe Dios que yo quisiera ser inmensamente rico sólo por rodearte á tí de comodidades, de lujo, de esplendor.

Nieves quedó tranquila.

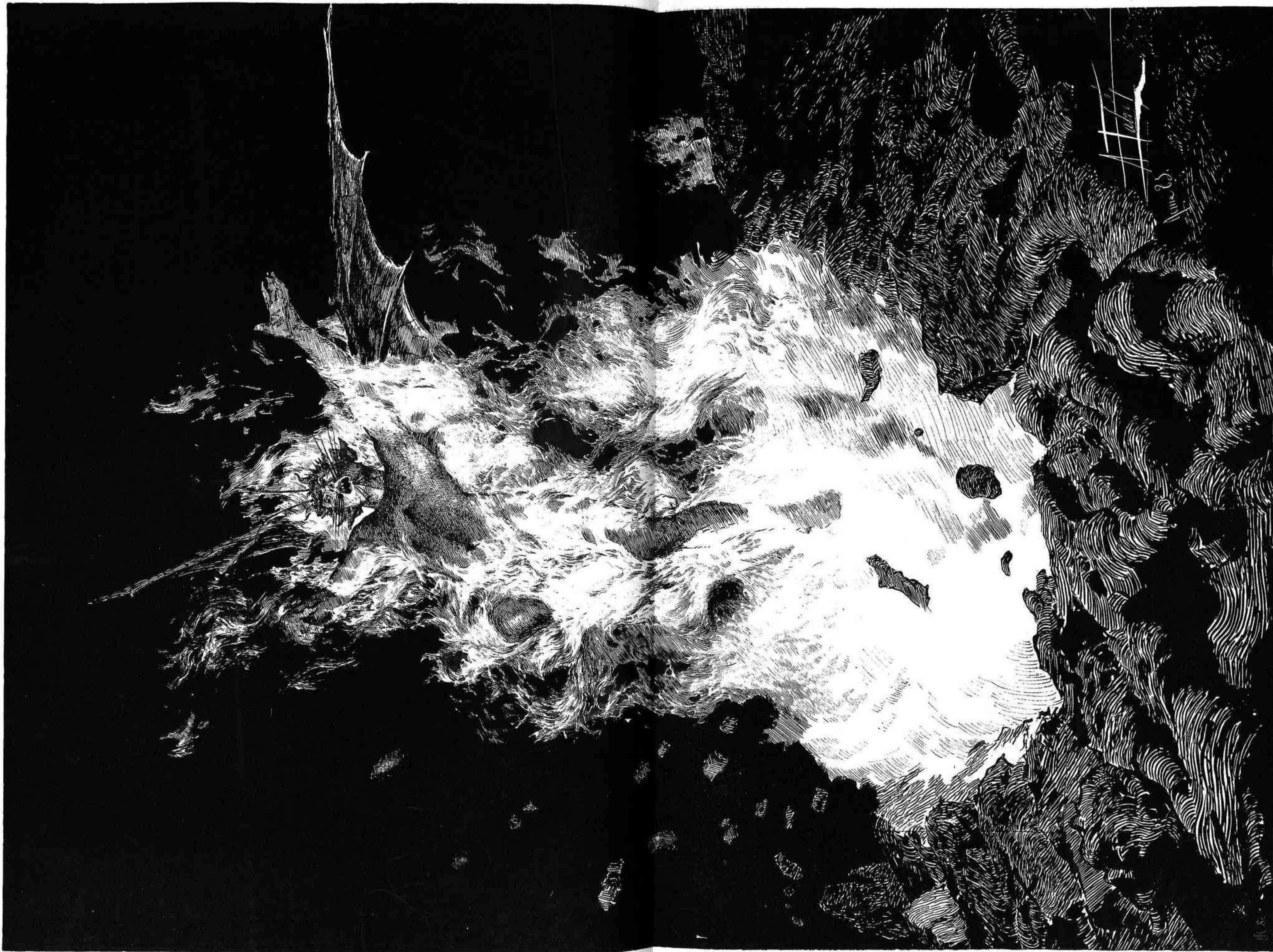
Aurelio se propuso espiar á su esposa y comprendió que para descubrir la verdad era preciso acostumbrarse al fingimiento.

Esto le violentaba mucho, pero era preciso y se resignó.

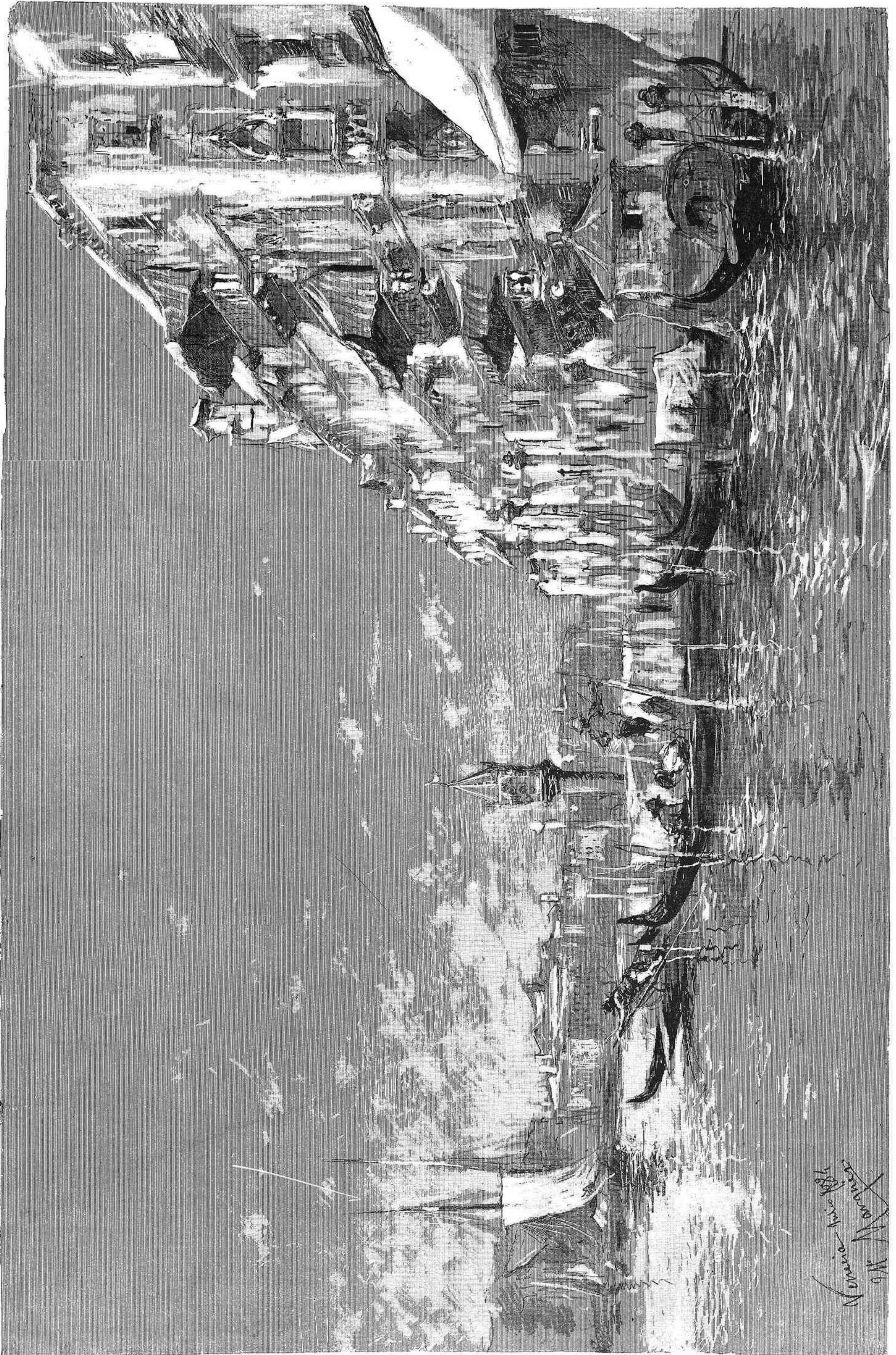
Dos veces á la semana almorzaba el tenor Pórteci con ellos. Aurelio hacía heroicos esfuerzos para aparecer sereno y confiado, pero no tardó mucho en persuadirse de que efectivamente entre Pórteci y Nieves había algo más



RECUERDO DE ZURICH



ISCHIA Y ANDALUCÍA
EL GENIO DE LA DESTRUCCION, FANTASIA POR A. FABRÉS



GRAN CANAL DE VENEZIA

Cuando Aurelio vió entrar á su mujer en casa del tenor, sintió un brusco estremecimiento en el pecho, se oscureció la luz de sus ojos y zumbaron sus oídos.

Como si le faltaran las fuerzas, tuvo necesidad de apoyarse en la pared.

Le parecía un sueño, porque aunque el anónimo le habia hecho vivir alerta, no se resignaba á darle crédito.

Cuando Aurelio entró en el portal de la casa, oyó que se cerraba la puerta del piso principal donde vivia Pórteci.

Comenzó á subir las escaleras muy despacio, porque se ahogaba y le latía el corazón de un modo violento.

En aquel instante la idea de matar á los dos cruzó por su cerebro, pero Aurelio no llevaba armas, no las habia tenido nunca, y pensó que ir á comprar un revólver era perder la ocasion de sorprender á los culpables.

Una circunstancia fatal para los amantes favoreció al marido burlado, pues cuando iba á tirar del llamador de la campanilla se abrió la puerta y un hombre al salir tropezó con Aurelio.

Aquel hombre era un *avisador* del Teatro Real; Aurelio le cogió precipitadamente por un brazo, le hizo salir violentamente y entró él en la casa, cerrando detrás de sí la puerta.

Se encontró solo en el recibimiento.

Aurelio conocia la casa de Pórteci como la suya.

El tenor vivia solo con un ayuda de cámara francés que le acompañaba por todas partes.

Valflorido tomó por un pasillo procurando hacer el menor ruido posible.

A manera que avanzaba iban redoblando los latidos de su corazón; llegó á una puerta de escape que daba paso á la alcoba y gabinete del cantante.

Aurelio empujó suavemente aquella puerta, y entró en la alcoba.

Reinaba una semi oscuridad, las puertas vidrieras estaban cerradas y corridos los visillos.

Aurelio, conteniendo su angustiada respiracion, avanzó poco á poco y vió á través de los visillos á Nieves, á su culpable esposa, sentada sobre las rodillas del tenor Pórteci.

Aquella infame rodeaba con uno de sus brazos el cuello de su amante.

Aurelio vió un resplandor de sangre ante sus ojos; hubiera querido contenerse, oír lo que hablaba aquella adúltera, pero no pudo; un terrible rugido se escapó de

su pecho, y abriendo bruscamente las puertas de la alcoba, se presentó en el gabinete.

Nieves, al ver á su marido, lanzó un grito de espanto, se puso en pié y corrió con vertiginosa rapidez hácia la puerta.

Pórteci, pálido como un cadáver, se quedó inmóvil junto al sofá, mirando á su amigo.

Comprendió que su situacion era grave: no podia negarle á Valflorido lo que él mismo habia visto, se en-



JÓVEN ROMANA

contraía delante de un enemigo irreconciliable, y aquella aventura que habia comenzado con un beso de amor, era muy fácil que concluyera sobre un charco de sangre.

Entonces sucedió un accidente imprevisto. Aurelio, con la mirada fija en el tenor, el rostro arrebatado, como si toda la sangre de su cuerpo afluyera á su cabeza, avanzó hácia el sofá, sin pronunciar una palabra; pero antes de llegar extendió los brazos como para coger del cuello á Pórteci, cuando de pronto cayó al suelo como si le hubiera herido un rayo en mitad del cráneo.

El tenor retrocedió aterrado hácia la puerta del gabinete.

Allí se detuvo. Aurelio, tendido al pié del sofá, permanecía inmóvil como un cadáver, con los puños cerrados y los brazos extendidos á lo largo por encima de la cabeza.

Pórteci le creyó muerto y comenzó á llamar á voces á su ayuda de cámara.

Aterrado ante aquel acontecimiento, sin explicarse cómo habia podido Aurelio entrar hasta su gabinete, llegó á la puerta de la escalera, pidiendo socorro sin que su ayuda de cámara se presentara.

A sus voces subió el portero y acudieron algunos vecinos.

Todos conocian al célebre tenor tan aplaudido del público madrileño.

Con acento conmovido refirió lo que le sucedia, se buscó precipitadamente un médico, se colocó el exánime cuerpo del músico sobre el sofá, se le sangró del brazo y se le prestaron todos los auxilios propios del caso.

Entonces, algo más tranquilo el tenor, recordó que sus compromisos artísticos le obligaban á salir aquella misma noche de Madrid, pues debia debutar en el Teatro Imperial de San Petersburgo doce dias despues.

Se dispuso trasladar á Aurelio á su casa en una camilla, puesto que el enfermo se hallaba en un estado de incompleta insensibilidad, y así se hizo.

Cuando el tenor se quedó solo, al dirigirse á su gabinete se encontró á Nieves, pálida y con el cabello descompuesto, pero más hermosa que nunca.

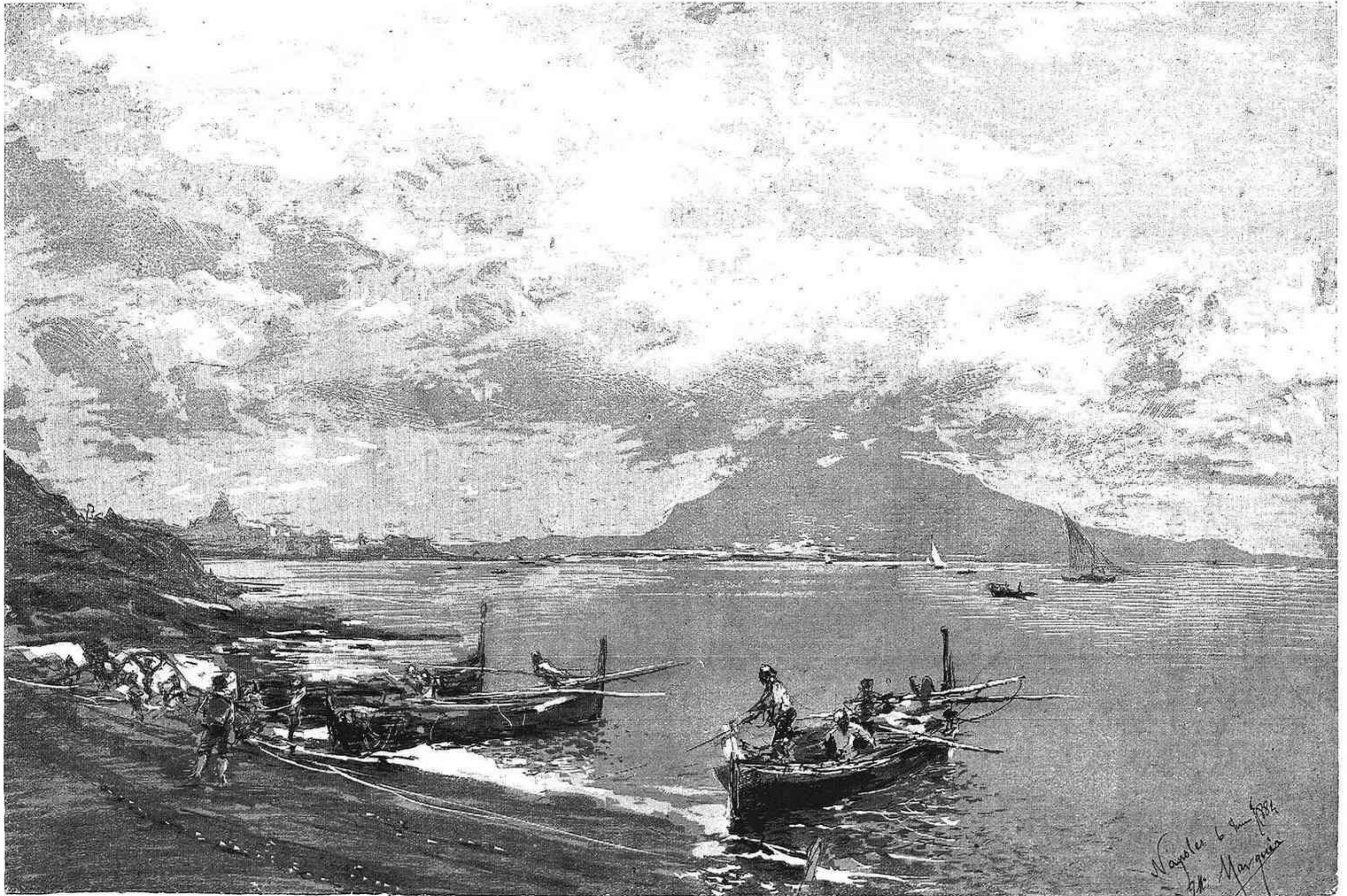
—Ya supondrás,—le dijo Nieves, con nervioso acento,—que despues de lo que ha pasado, yo no puedo volver á mi casa: líévame contigo.

—Piensa que lo que me propones es una locura,—le dijo Pórteci.

—¿Serias capaz de abandonarme?

—No, y puesto que lo quieres partiremos juntos,—con-

VIAJE POR ITALIA



NÁPOLES.—Vista de Posilipo

testó el tenor, - pero tu marido está muy grave, el médico desconfía salvarle.

—Y ¿qué me importa á mí mi marido? para mí ha muerto desde el instante en que te conocí.

Y aquella mujer adúltera, aquella infame, se arrojó en los brazos de su amante.

Durante un mes Aurelio luchó con la muerte: de esta ruda batalla venció por fin la juventud y por fin llegó un día en que los médicos aseguraron á Jacoba y á Don Antonio que el peligro había cesado y que el enfermo iba á entrar en la convalecencia.

Aquella misma tarde D. Antonio le dijo al ama de gobierno:

—Señora Jacoba: segun la opinion de los médicos el pobre Aurelio se halla fuera de peligro, y como es natural cuando comience á despejarse su cabeza, querrá saber ciertas cosas que á todos nos afligen. Yo confieso que no me siento con fuerzas para contárselas; así pues, comprendiendo que ya no hago mucha falta en esta casa, donde pensaba terminar mis dias, mañana muy tempranoogeré mi cofre, mis cuatro trastos y mi violín y me marcharé de esta casa para no volver más. Cuando Aurelio pregunte por mí, me hará V. el favor de darle una carta que yo dejaré sobre el mármol de la chimenea.

Jacoba trató en vano de disuadirle suplicándole que no se marchara.

—No, Jacoba, no,—le dijo el honrado músico.—Despues de lo que ha hecho mi pícara hija, esa infame á quien Dios confunda, yo no puedo vivir bajo el mismo techo que Aurelio á quien amo con toda mi alma; me avergonzaria siempre que me mirara á la cara.

(Continuará)



ESTUDIO DE UN TIPO GRANADINO

UN CASO DE VIVISECCION

El porqué me encontraba en Paris durante los sucesos de la Commune, es cosa que nada le importa al lector ni hace falta á mi cuento; pero en cambio es conveniente que haga constar que en aquella época me veia reducido á hacer mis dos frugales comidas diarias en un restaurant económico que habia á la sazón en una de las más sombrías callejas del barrio Latino.

Con decir que los pocos parroquianos que nos permitíamos el lujo de satisfacer la no muy crecida suma de un franco cincuenta éramos mirados con cierta envidiosa admiración, me creo relevado de describir las bellezas de ornato, tanto exteriores como interiores, del local.

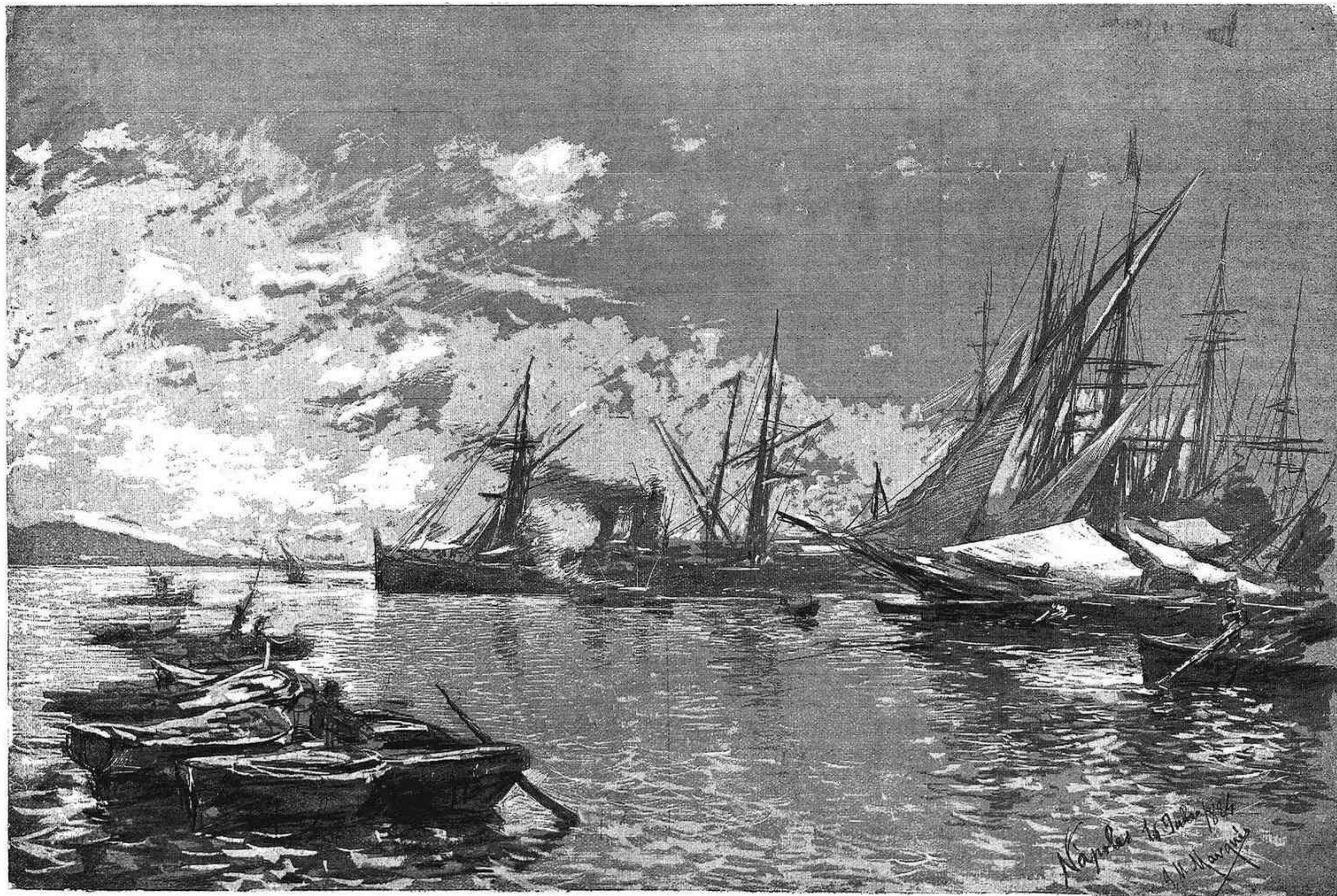
En cuanto á la parroquia con que contaba el propietario sólo diré que, aparte de tres ó cuatro personas que la casualidad llevaba allí todos los dias, los constantes abonados á la parca mesa del restaurant

éramos cinco: dos viejos obreros, de los cuales uno era cojo, un comerciante al pormenor del barrio, un estudiante y yo.

Este, por extremo satisfecho de tener ocasion de lucir su poderosa facundia, me informó minuciosamente de cuanto concernia al extraño personaje. Descartando todo lo inútil de sus referencias, no tardé en saber que el jóven en cuestion era un estudiante de medicina, con sus puntas de poeta y más aficionado á la filosofía que lo que á la regularidad de sus funciones cerebrales hubiera convenido.

La circunstancia de vivir en uno de los cuartos del

VIAJE POR ITALIA



PUERTO DE NÁPOLES

restaurant le había permitido examinarle con escrupuloso detenimiento y creía conocerle á fondo. Según él, el estudiante no debía tener la cabeza muy segura con tantas filosofías como había metido dentro, lo cual no quitaba para que le reconociera un poderoso talento. Lo que más le hacia perseverar en el primer aserto era la eleccion de los manjares que desde un principio había hecho su huésped y en los que, á lo que parece, sólo atendía á las propiedades que pudieran ejercer sobre su organismo.

Con todos estos antecedentes excusado es decir que yo no deseaba otra cosa que trabar relaciones con mi compañero de mesa; pero como su impenetrabilidad lo hacia difícil, iba ya desesperando de lograr mi intento, cuando un dia el dueño del restaurant, viniendo en mi ayuda, realizó por completo mis aspiraciones.

Facilitándome la lectura de unos versos que un descuido de su huésped había llevado á sus manos, tuvo la indiscrecion de hacerle mi presentacion como un admirador de sus talentos. Yo creí que me acogía con frialdad, pero lejos de ello desde las primeras palabras se estableció entre nosotros una verdadera cordialidad de artistas.

Al cabo de algunos dias parecíamos los mejores amigos del mundo y en nuestra conversacion se advertía claramente que nuestras ideas en arte y en filosofía coincidían en muchos puntos. Esto no obstante, no dejaba de observar que si el estudiante se mostraba espontáneo y hasta locuaz hablando de versos, no le sucedía lo mismo en punto á los temas filosóficos que yo intencionadamente iniciaba.

Por fin, no pudiendo contener más tiempo mi impaciencia, una noche me aventuré á hacerle algunas preguntas con la mayor claridad.

—No os hablo de medicina,—respondió,—porque no sois médico y siempre el tecnicismo de una ciencia tiene algo de charlatanería para los que no la poseen. Sin embargo, como no os tengo por uno de esos talentos superficiales que se rien de todo aquello que no se han tomado el trabajo de profundizar, me complazco satisfaciendo á vuestras preguntas.

Y despues de un momento de silencio, poniendo los codos sobre la mesa y escondiendo casi el rostro entre las palmas de las manos, continuó:

—Como habeis sospechado muy bien, soy materialista, es decir, que no reconozco en el mundo más que una sustancia, la materia. Para mí todos los fenómenos obedecen á las inmutables leyes de esta y su observacion ha llevado la ciencia á grandes descubrimientos, que desgraciadamente se han detenido en un solo obstáculo. Todos han buscado en ella el secreto de los fenómenos físicos y nadie se ha ocupado en buscar el de los intelectuales. ¿Qué diriais si mi idea fija fuera á sorprender á la materia en flagrante delito de pensamiento?

—Que vuestra tarea no puede ser más grande; pero ¿cómo llegar á un medio práctico de realizacion?

—¿Cómo?—replicó exaltándose por momentos.—¿Cómo hemos llegado á saber que la arteria late? Muy fácilmente; sorprendiéndola en el momento de producir el latido. Pues bien, si consiguiéramos tener en la mano un cerebro en el momento en que la evolucion de sus células produce ese fenómeno que llamamos pensamiento, le habríamos tocado como se toca un fenómeno eléctrico, por ejemplo.

—Pero ¿cómo podeis llegar á tal resultado?

—Eso es lo difícil. Sin embargo, para ello pienso emprender un camino que tal vez me lleve al fin apetecido. Si la fisiología se ha contentado con hacer la diseccion sobre el cadáver, la psicología no puede contentarse con tan poco. Mi sueño es la viviseccion.

—¡Eso es espantoso! ¿Os atreveriais á clavar el escarpelo en un hombre vivo por daros esa cruel satisfaccion?

—Por mi satisfaccion, no. Por bien de la humanidad, sí.

Al decir esto su fisonomía había cambiado por completo. Sus ojos despedían verdaderas chispas; su tez pálida había tomado el tinte rosáceo que imprime la fiebre y su cabeza, caída sobre el pecho, parecía obedecer á una enorme presion. Desde el primer momento comprendí que allí había otra cosa que una simple tension de la inteligencia; su pensamiento era una verdadera idea fija y sentí haberle llevado á un terreno de que él mismo se asustaba.



JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Yo no sabia cómo volverle á la realidad; pero de repente sacudió su cabeza como si tratara de librarse de la picadura de un insecto y volviendo á recobrar su calma habitual no quedó en su rostro más que una intensa palidez.

—¿Qué teneis?—le pregunté.—¿Os sentís malo?

—¡No, no!—respondió levantándose para irse.

Cuando estuvo cerca de la puerta se volvió como si hubiera olvidado algo y dudó algunos momentos.

—¡Ah! ya me acuerdo,—dijo al fin.—Os suplico no volvamos á hablar de esto.

Aquella recomendacion era inútil. Desde aquel dia no volví á hablarle más que de arte. Sin embargo, cada vez se mostraba ménos familiar conmigo, mi presencia parecia importunarle y nuestras conversaciones eran ménos frecuentes. De allí á poco volvimos á ser tan extraños como ántes de nuestra primera plática.

**

Ocho dias despues de nuestra separacion, el drama de la Commune tocó á su desenlace.

El martes 24 de mayo entré en el restaurant poco despues del medio dia. La batalla empeñada en las calles me obligó á abandonar mi casa, y como desde el dia anterior no había podido procurarme alimento alguno, entré en el restaurant á almorzar.

El comerciante al por menor llegó algunos momentos despues, con aire entre azorado y gozoso, desatándose, al sentarse á su mesa, en improperios contra los comunistas.

Sus frases me parecieron tan importunas, tratándose de quienes en aquellos momentos sufrían el peso de la derrota, que no pude contenerme y le supliqué que callara, haciéndole comprender que era fácil le escuchara en la calle alguno de aquellos á quienes insultaba.

Ante esta última consideracion se volvió lleno de espanto hácia la puerta, pálido como un muerto. El miedo selló sus labios por algunos momentos.

—Teneis razon,—replicó,—despues de todo, esos dos borrachos que vienen aquí todas las noches no tardarán quizá en llegar. ¿Quereis creer que hace poco he visto al cojo con un fusil en la mano? ¡Canalla!

Por tal camino iba á continuar desbarando cuando un espantoso ruido que sentimos en la cocina nos hizo saltar precipitadamente de nuestros asientos. Se diría que el gran tragaluz que cubria aquella pieza se había hecho pedazos al contacto de un cuerpo pesado caido de una gran altura.

—Es una bomba que va á estallar,—gritó el comerciante escondiéndose debajo de la mesa.

Pero el dueño del restaurant y yo, sin hacerle caso, nos dirigimos á la cocina.

El espectáculo que allí se ofreció á nuestros ojos era espantoso. El estudiante, tendido en el suelo y completamente desnudo, mostraba en ambos costados profundas heridas, causadas, al parecer, por el vidrio roto.

Nuestro primer cuidado fué cogerle por debajo de los brazos para levantarle; pero apenas le hubimos vuelto, un grito de horror salió de nuestras gargantas. El infeliz tenia el pecho completamente destrozado. Los nervios blancos, las arterias azules, los músculos rojos y las aponeurosis grises estaban completamente al descubierto, y la piel, formando una especie de mandil, le caía sobre el vientre como un pedazo de tela rosada. Aquello no era efecto de un accidente; era una operacion en toda regla. El desgraciado había practicado en sí mismo una viviseccion.

Por fin tuve valor para bajarme y cubrir con aquel harapo de piel semejante carnicería, y entre el dueño del restaurant y yo trasportamos el cuerpo al comedor y le depositamos sobre una mesa.

El comerciante, siempre inmóvil, ni se atrevía á mirarnos, ni nos ayudó en nada. El frio del mármol hizo abrir los ojos al herido.

—Esto es horrible, ¿no es cierto?—me dijo con voz apenas inteligible.—¡Esta era mi idea!

Quise hacerle callar, pero él continuó: —No, escuchadme. En un acceso de locura he querido sorprender en mí los secretos de la vida. No he sentido nada mientras trabajaba, pero despues, de repente, he recobrado la posesion de los sentidos y mis sufrimientos me han hecho arrojarme por la ventana. ¡Mi desgracia es no poder apreciar mis descubrimientos! Y sin embargo, la operacion estaba bien hecha.

Al decir esto trataba de incorporarse para ver su obra, pero una congoja se lo impidió. Entre tanto se oía á lo lejos el ruido de la fusilería.

Al abrir los ojos de nuevo, murmuró: —Se baten todavía. Yo he aprovechado los momentos en que los otros se mataban para trabajar. ¿Por qué se matan? Por nada. ¡Yo los hubiera matado por algo!...

En aquel momento la puerta se abrió violentamente y el obrero cojo entró sostenido por otros dos hombres. Su blusa estaba salpicada de sangre.

—¡Calle!—dijo viendo al estudiante.—¿Tambien aquí hay un herido?

—No,—respondió el dueño del restaurant con sequedad.—Es este desdichado que ha tratado de suicidarse.

—¡Matarse!—murmuró el obrero.—¡Morir por nada, cuando puede darse la vida por algo!

El estudiante se incorporó. Indudablemente queria responder; pero su cabeza cayó pesadamente sobre el mármol. Acababa de espirar.

El obrero se disponía á continuar, pero yo le impuse silencio diciendo:

—Respetad á los muertos.

—¿Y por qué? Dentro de poco yo habré muerto tambien, pero yo al ménos muero por...

Yo le interrumpí descubriendo el pecho del cadáver: —¡Y él ha muerto por la ciencia!

El obrero y sus dos compañeros quedaron inmóviles ante tan horrible espectáculo. No sé si comprendieron todo el valor de mis palabras, pero lo cierto es que se quitaron los kepis con respeto.

Durante este tiempo, el comerciante al por menor aprovechó un momento de tregua en la lucha de las calles y se escurrió por la puerta del establecimiento. Al pasar por delante de mí le oí que murmuraba entre dientes:

—¡Tan bestias son los unos como los otros!

PLÁCIDO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Glíptica*, 1 tomo.—*Fintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la coleccion completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON